LIBRO DE HECHOS

Lección 49, Capítulo 23

En el capítulo 19 de Hechos leímos lo siguiente:

Hechos 19:21 [CJB] 21 Algún tiempo después, Sha'ul decidió por el Espíritu pasar por Macedonia y Acaya y luego ir a Yerushalayim. «Después de haber estado allí —dijo—, debo visitar Roma».

Lo que hemos estado estudiando desde entonces es la ruta, llena de giros y vueltas, que finalmente llevará a Pablo a Roma. Hoy, en el capítulo 23 de Hechos, continuaremos siguiendo las circunstancias que conducirían a Pablo a una ciudad que, según él, «debo visitar». Por supuesto, esas circunstancias fueron dirigidas y orquestadas invisiblemente por Dios. De hecho, en Hechos 27 leemos lo siguiente:

Hechos 27:23-24 [CJB] 23 Porque esta misma noche estuvo a mi lado un ángel del Dios a quien pertenezco y a quien sirvo. 24 Él dijo: «¡No tengas miedo, Sha'ul! Tienes que comparecer ante el Emperador».

Era importante para Pablo ir a Roma porque era importante para Dios; dudo que Pablo tuviera idea de por qué era tan importante. Sin duda, cuando expresó por primera vez su deseo de visitar Roma, pensó que sería para evangelizar el Evangelio de Yeshua, tal como lo había hecho en tantas otras ciudades del vasto Imperio romano. Estoy seguro de que esperaba hablar con los judíos en sus sinagogas de aquella gran ciudad. Pero, como sucede a menudo con los Creyentes, cuando le decimos sí a Dios, el resultado y el camino para alcanzar la meta pueden ser muy diferentes de nuestras expectativas más descabelladas. Pablo comparecería ante gobernadores, reyes e incluso ante el Emperador; algo que no estaba en sus planes. Sin embargo, Dios nunca dijo que las circunstancias que permitirían esta audiencia con la poderosa élite del Imperio romano serían especialmente agradables. De hecho, un profeta llamado **Ágabo** le dijo específicamente a Pablo que Jerusalén sería el punto de partida de su viaje, pero que iría como una persona perseguida y bajo arresto, no como un emisario bienvenido.

¿Por qué era tan importante Roma para Dios? Aparte de la oportunidad que tendría Pablo de hablarles a los gobernantes gentiles del gobierno romano acerca del plan de redención de Dios y del propósito del pueblo judío, no se nos dice específicamente. Sin embargo, al mirar atrás, creo que podemos suponer razonablemente que tenía al menos tanto que ver con la realidad histórica de que, unas décadas después del martirio de Pablo, con el Templo de Jerusalén destruido, los líderes judíos de El Camino muertos o dispersos y los gentiles finalmente en pleno control del movimiento de Jesús, la sede de la Iglesia cristiana gentil estaría en Roma. Es fascinante que la institución de la Iglesia cristiana gentil llegara a establecerse en la capital y centro del gobierno del mundo **gentil**, tal como lo había anunciado el profeta Daniel. Y permanecería así hasta hoy, y continuará de esa manera hasta que el Mesías regrese para establecer un gobierno mundial teocrático nuevamente en Jerusalén, donde todo comenzó.

LEAMOS JUNTOS EL CAPÍTULO 23 DE HECHOS.

Pablo está ante el Sanedrín defendiéndose de algunas acusaciones vagas de blasfemia; aunque el tribuno romano que tiene bajo custodia a Sha'ul todavía no está seguro de qué dijo o hizo exactamente Pablo para que tantos judíos en Jerusalén estuvieran tan dispuestos a matarlo. Aquí quisiera especular que lo que estamos presenciando no es realmente a judíos comunes y corrientes de la Tierra Santa que quieren despedazar a Pablo, sino a miembros del partido o facción llamados los Zelotes. Los Zelotes eran judíos ultranacionalistas; por eso odiaban apasionadamente a los gentiles, predicaban abiertamente la desobediencia civil y la rebelión contra Roma, y esperaban que todo judío observara la **Halakhah** (ley judía) hasta el último detalle como prueba de su lealtad a su herencia judía. Una facción todavía más violenta y asesina, llamada los Sicarii, surgió de los Zelotes. Creo que es probable que Judas, el discípulo traidor de Cristo, fuera un Zelote.

El punto es este: tanto para los eruditos judíos como para los cristianos ha sido difícil determinar exactamente qué delito había cometido Pablo para que estos judíos estuvieran decididos abiertamente a matarlo y, por lo tanto, contra qué intentaba defenderse. Sabemos que la acusación era más o menos de blasfemia; pero ¿cómo o cuándo blasfemó Pablo,

precisamente? Así que, en el versículo uno (parafraseando), Pablo les dice al Sanedrín que ha vivido su vida con una conciencia perfectamente limpia delante de Dios. Esto provocó una reacción inmediata del Sumo Sacerdote, quien ordenó a alguien que estaba junto a Pablo que lo golpeara en la boca.

Vemos dos acusaciones contra él enumeradas por Lucas y ambas se analizan en Hechos 21: primero, Santiago dice que algunos judíos acusan a **Sha'ul** de enseñar contra la circuncisión (de los judíos), lo cual se considera un delito contra **Mosheh**, y de hablar en contra de las Tradiciones. Segundo, una persona que estaba de peregrinación en Jerusalén desde Asia (con motivo de Shavuot) afirma que Pablo habló contra el Templo e incluso introdujo a un gentil en el Templo, profanando así el edificio sagrado y sus terrenos santos. Según la Ley bíblica de Mosheh, no existe pena de muerte por enseñar en contra de la circuncisión ni por no estar circuncidado. Y, hablando bíblicamente, no es un delito capital introducir a un gentil en el área del patio del Templo ni hablar en contra del Templo. Pero la Tradición judía, especialmente la de los judíos de Judea, lo había convertido en un delito capital.

En lecciones anteriores les he explicado que es vital, especialmente al leer e interpretar a Pablo en Hechos o en cualquiera de sus cartas, comprender que utiliza el lenguaje cotidiano y la forma común de hablar de su época. Rara vez Pablo utiliza un lenguaje técnico o muy académico, o presenta matices minuciosos al hablar de la Torá frente a las Tradiciones y costumbres judías. Por eso debemos considerar cuidadosamente las circunstancias cuando abordamos estos asuntos de acusaciones de quebrantar la ley, hablar en contra de la ley o cuando alguien es acusado de blasfemia. Siempre debemos preguntarnos: ¿quiénes son las partes que están contendiendo entre sí? ¿Quién está siendo acusado y quién acusa? ¿Dónde ocurre la escena? (porque eso también desempeña un papel importante). En aquellos días, blasfemia no solía ser un término teológico técnico; en realidad, era un epíteto ofensivo que se lanzaba contra alguien con quien se estaba fuertemente en desacuerdo respecto a las doctrinas del judaísmo.

En resumen, Pablo había irritado enormemente a los Zelotes ultranacionalistas (que se irritaban con facilidad), y ellos incitaron a

muchos otros judíos, principalmente porque Pablo llevaba fielmente el mensaje judío de un Mesías judío que ofrecía salvación y la compartía con los gentiles odiados. La respuesta de los Zelotes a la mayoría de los problemas que despertaban sus pasiones era matar a la persona con la que no estaban de acuerdo y caracterizar ese acto como su piadosa obligación de defensores del Dios de Israel. Pero en realidad no defendían la Palabra de Dios; defendían la ley judía, la **Halakhah**, que había sido formulada en la institución de la sinagoga. Eran más defensores de costumbres y tradiciones creadas por el hombre que de los verdaderos mandamientos bíblicos. Y esto se debía a que, ante todo, en aquellos insoportables días de ocupación romana, eran defensores de lo judío y de todo lo que ello implicaba. Pero Pablo era visto como alguien que fraternizaba con el enemigo, y eso lo convirtió en un objetivo.

Durante siglos, los cristianos hemos sacudido colectivamente la cabeza y suspirado profundamente ante la terrible actitud de los judíos hacia los gentiles y hacia el cristianismo. Sin embargo, permítanme señalar que el cristianismo encabeza la lista cuando se trata de defender tradiciones y doctrinas religiosas creadas por el hombre mucho más que de defender lo que Dios ordena en Su Biblia. Seamos honestos: la realidad es que hace mucho tiempo el cristianismo declaró nulos y sin valor los mandamientos bíblicos de Dios, de modo que, en su mayor parte, lo que le queda a la Iglesia por defender son doctrinas y tradiciones humanas. Pero, al igual que los Zelotes y otros judíos de los días de Pablo, los cristianos afirman que estas doctrinas y tradiciones humanas reflejan tan estrechamente la Palabra de Dios que son esencialmente lo mismo. Aquí, en Hechos 23, estamos leyendo acerca del resultado de esa cosmovisión religiosa, y está poniendo en peligro la vida de Pablo. Es la misma cosmovisión religiosa que impulsó las Cruzadas cristianas de hace mil años, la Inquisición de hace quinientos años y que impulsa la naturaleza dividida, indiferente y superficial de la Iglesia en los tiempos modernos.

Como me dijo recientemente un ex católico de mediana edad (que ahora no profesa ninguna fe), para considerar regresar al cristianismo sería necesaria una gran modernización del cristianismo, de modo que llegara a ser relevante para él, su familia y la humanidad de maneras tangibles. Le dije que, en gran medida, estaba de acuerdo con él y que precisamente de eso se trata Seed of Abraham Ministries. Lo irónico es que el camino

hacia la modernización del cristianismo consiste en regresar a nuestras raíces: nuestras raíces hebreas. Debemos volver a la perspectiva de los primeros días de nuestra fe, cuando Yeshua caminó por esta tierra y cuando Pablo, Pedro y Santiago dirigían la comunidad de Creyentes. Volver a una época en la que las Sagradas Escrituras eran la fuente de la verdad, cuando nuestras doctrinas estaban en su estado más puro, cuando se perseguía incansablemente la santidad y cuando hacer era tan importante como ser para los seguidores del Mesías Yeshua.

Al comenzar Hechos 23, Pablo se dirige a los miembros del Sanedrín; sin embargo, no parece que se tratara de una sesión formal de un tribunal, sino más bien de un consejo de investigación improvisado y reunido rápidamente. Lisias, el comandante romano, había ordenado al Sanedrín que interrogara a Pablo, por lo que de ninguna manera se trataba de un juicio formal. En realidad, aquel consejo estaba allí para determinar exactamente qué acusaciones, si las había, debían presentarse contra Pablo, para que Lisias pudiera entender de qué se trataba todo aquel alboroto. Pablo comienza no tanto declarando su inocencia (¿inocente de qué?), sino afirmando su lealtad al Dios de Israel y, por lo tanto, a su herencia judía, reflejada en toda una vida de conducta correcta; así que su conciencia estaba limpia. Era una afirmación general acerca de su carácter, no una negación de cargos formales, ya que en ese momento todavía se estaban determinando las posibles acusaciones.

El versículo 2 dice que el Sumo Sacerdote Hananyah (Ananías en griego) ordenó a alguien que estaba junto a Pablo que lo golpeara en la boca por atreverse a afirmar que tenía un buen carácter. Debemos entender que el propósito de golpearlo de esa manera era avergonzar a Pablo. En aquel entonces, como ahora, en el Medio Oriente, que un hombre recibiera un golpe en el rostro significaba perder su honor; era un asunto extremadamente serio y volátil en la sociedad oriental. Pablo se volvió contra el Sumo Sacerdote y lo reprendió, llamándolo pared blanqueada. La idea es que el blanqueo es una fachada delgada que cubre la realidad de lo que hay debajo. Y entonces Pablo tiene la audacia de decirle a Hananyah que Dios lo golpeará a él, porque se supone que el Sumo Sacerdote es la máxima autoridad en la Torá, pero aquí, antes de que se presenten cargos y antes de un juicio, Pablo es tratado como si fuera culpable de algo y prácticamente castigado; algo que la Torá no permite.

Otros hombres que estaban cerca reprenden a Pablo y le dicen cómo se atreve a hablarle así al Sumo Sacerdote. Pablo continúa diciendo que no sabía que aquel hombre era el Sumo Sacerdote y cita el mandamiento de la Torá que indica que se debe hablar con respeto a cualquier gobernante de los judíos.

Aunque podríamos dedicar mucho tiempo a este asunto, seré bastante breve. ¿Qué había en las palabras de Pablo que ofendió al Sumo Sacerdote? ¿Y cómo es posible que Pablo no supiera que aquel hombre era el Sumo Sacerdote? ¿Pudo Pablo haberse dado cuenta de que había actuado mal con su insulto y haber inventado la débil excusa de que no sabía que aquel hombre era el Sumo Sacerdote? Los eruditos modernos han debatido tanto este asunto que muchos están dispuestos a descartar por completo el capítulo 23 de Hechos por considerarlo tan improbable que no debería formar parte de la Biblia. Otros han dicho que Pablo actuó mal y manchó sus credenciales apostólicas al reaccionar de esa manera ante el Sumo Sacerdote; que, como cristiano, debería haber aceptado la vergüenza y respondido en silencio, citando por lo general a Jesús como alguien a quien incluso escupieron, pero que no dijo nada. Curiosamente, cuando consultamos las Escrituras, vemos que a Yeshua le sucedió algo parecido a lo que le está sucediendo a Pablo. Veamos cómo respondió.

Juan 18:19-23 CJB
19 El cohen hagadol interrogó a Yeshua acerca de sus talmidim y de lo que enseñaba.
20 Yeshua respondió: «He hablado abiertamente a todos; siempre he enseñado en una sinagoga o en el Templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nada en secreto.
21 Entonces, ¿por qué me interrogas? Pregunta a los que escucharon lo que les dije; mira, ellos saben lo que dije».
22 Al decir esto, uno de los guardias que estaba allí abofeteó a Yeshua y dijo: «¿Así es como le hablas al cohen hagadol?».
23 Yeshua le respondió: «Si dije algo malo, declara públicamente qué estuvo mal; pero si dije la verdad, ¿por qué me golpeas?»

Así que Yeshua, al dirigirse al Sumo Sacerdote, ciertamente dijo algo acerca de haber sido golpeado injustamente. Y, al igual que Pablo, fue golpeado en el rostro, con la intención de avergonzarlo. Observen que

Yeshua no parece haber dicho nada contra el Sumo Sacerdote, como tampoco lo hizo Pablo. Yeshua simplemente preguntó por qué lo interrogaban, mientras que Pablo solo afirmó su buen carácter judío. Pero en ambos casos esto fue considerado una afrenta al Sumo Sacerdote. Creo que puedo abordar esto con bastante franqueza. Yeshua trataba con Caifás y Pablo trataba con Ananías, el octavo Sumo Sacerdote después de Caifás. Ambos hombres eran Sumos Sacerdotes ilegítimos; no pertenecían al linaje correcto. Eran ricos y habían pagado grandes sumas de dinero a las autoridades romanas por sus cargos. Eran aristócratas, saduceos, la clase más alta de la sociedad, que se consideraban con derecho a todo y muy superiores a los judíos comunes. Por eso, que Yeshua y ahora Pablo dijeran algo delante de ellos o dirigido a ellos era una afrenta. Y aunque esto no se aplicaría a Yeshua, Pablo era fariseo: un competidor y antagonista directo de los saduceos. Por naturaleza, no se agradaban unos a otros.

Así que, después de que golpean a Pablo en la boca, este lanza espontáneamente un insulto contra el ilegítimo Sumo Sacerdote Ananías y lo llama pared blanqueada: un falso, un impostor. Pero luego Pablo parece retroceder cuando lo reprenden por su respuesta y dice que no sabía que aquel hombre era el Sumo Sacerdote. En primer lugar, el Sumo Sacerdote siempre podía identificarse por sus vestiduras especiales; por eso, la idea de algunos eruditos de que Pablo llevaba mucho tiempo sin visitar Jerusalén y que varios Sumos Sacerdotes habían ocupado el cargo desde su última visita, de modo que realmente no sabía qué aspecto tenía el Sumo Sacerdote, no me parece convincente. Por supuesto que Pablo sabía con quién estaba tratando. Creo que Pablo simplemente estaba siendo Pablo; en ocasiones podía ser duro y sarcástico. No tenía ningún respeto por aquel falso Sumo Sacerdote, y sostengo que, al decir que no sabía que era el Sumo Sacerdote, estaba usando una fuerte dosis de sarcasmo. Y al responder a los demás que lo reprendieron por sus duras palabras contra el Sumo Sacerdote, Pablo cita Éxodo 22:27, pero lo hace de una manera que esencialmente dice que, puesto que no se debe hablar despectivamente contra un gobernante, el hecho de que lo reprendieran por sus palabras debía significar que aquel hombre era un gobernante; pero esa era la única manera en que podía saberlo, porque ciertamente el Sumo Sacerdote no se comportaba como un gobernante. Todo este intercambio fue irónico, una batalla de ingenio. Y recordemos siempre que

Pablo era simplemente un hombre; no era perfecto ni tenía el carácter o la disposición perfectos de Cristo. Quizá, según la letra de la ley, Pablo pecó al dirigirle palabras tan duras a Ananías; pero yo lo veo como llamar a las cosas por su nombre, aunque tal vez habría sido mejor no decirlo. Por otro lado, estoy un poco parcializado: veo a Pablo como un espíritu afín, si no por su temperamento, así que quizá simplemente hizo lo que creo que yo habría hecho (y no habría sentido ni una pizca de culpa por ello), ¡y estoy racionalizando!

Pero ahora el astuto Pablo cambia de táctica; su sarcasmo se convierte en un cálculo ingenioso. Como en el pasado había servido de alguna manera en el Sanedrín, sabe cómo funciona y cómo piensa. Y está muy consciente de la animosidad entre sus miembros saduceos y fariseos. Así que se declara fariseo, incluso hijo de un fariseo, y lanza el tema candente de la resurrección de los muertos como si arrojara inesperadamente un trozo de carne cruda en una guarida de leones hambrientos. De hecho, presenta la persecución que está sufriendo como relacionada con ese mismo asunto. Esto pone inmediatamente a los fariseos del Sanedrín en un aprieto: si encuentran algo malo en Pablo, tendrán que ir en contra de sus propias doctrinas acerca de la resurrección. De inmediato estalló una discusión fuerte y acalorada entre los fariseos y los saduceos. Esto se debe a que los fariseos creían en la posibilidad de la resurrección corporal de los muertos, mientras que los saduceos se oponían firmemente a ella. También había otras diferencias importantes. Quisiera citar a Josefo, quien explica el núcleo de las diferencias entre las doctrinas teológicas de los saduceos y los fariseos, pues son bastante instructivas para quienes estudian el Nuevo Testamento.

«De las dos escuelas mencionadas primero, los fariseos, considerados los intérpretes más precisos de la ley y que ocupan la posición de la secta principal, atribuyen todo al Destino y a Dios; sostienen que actuar correcta o incorrectamente depende, en efecto, en su mayor parte de los hombres, pero que el Destino coopera en cada acción. Afirman que toda alma es imperecedera, pero que solo el alma de los buenos pasa a otro cuerpo, mientras que las almas de los malvados sufren castigo eterno... Los fariseos habían transmitido al pueblo ciertas normas heredadas de generaciones anteriores y que NO estaban registradas en las

Leyes de Mosheh; por esa razón, el grupo saduceo las rechazaba, pues sostenía que solo debían considerarse válidas las normas escritas en las Escrituras y que no era necesario observar las transmitidas por generaciones anteriores. Acerca de estos asuntos, los dos grupos llegaron a tener controversias y serias diferencias: los saduceos contaban únicamente con la confianza de los ricos, pero no tenían seguidores entre el pueblo, mientras que los fariseos contaban con el apoyo de las masas».

Todos los niños que asisten a la escuela dominical han oído hablar de los saduceos y los fariseos. Pero ya es hora de dejar atrás esas ideas simplistas de que un grupo era bueno y el otro malo. Pablo era fariseo; en su propio discurso se describe como alguien que TODAVÍA era fariseo. Así que, en primer lugar, aceptemos que Pablo no veía ninguna contradicción en ser fariseo y Creyente en Cristo al mismo tiempo. Pero también utilicemos lo que hemos aprendido acerca del uso del término «ley» en el Nuevo Testamento. Josefo dice que los fariseos eran considerados los intérpretes de la ley más estudiosos y correctos; pero luego nos dice que los saduceos solo aceptaban lo que Mosheh había escrito en las Escrituras y que sus doctrinas se basaban únicamente en eso. Así que lo que tenemos aquí es que, cuando Josefo utilizaba el término ley (nomos), se refería a la ley judía, la **Halakhah**, y no a las Leyes de Mosheh. Continúa explicando que los fariseos seguían ciertas normas que NO se encontraban en la Ley de Mosheh (la Torá). Y que los fariseos eran aceptados como las autoridades religiosas de la gran mayoría del pueblo judío común. ¿Por qué? Debido al sistema de sinagogas dirigido por los fariseos: un sistema religioso alternativo creado por el hombre (una alternativa al Templo), que utilizaba un volumen amplio y creciente de tradiciones y doctrinas humanas como guía principal para vivir su fe. Así, lo que creían los fariseos era lo que se enseñaba a las masas de judíos comunes, tanto dentro de la Tierra Santa como en la Diáspora, como la verdadera religión de los judíos. Más adelante (mucho después de los tiempos del Nuevo Testamento), este sistema religioso alternativo de la sinagoga recibió un nombre: judaísmo.

Los saduceos, aristócratas ricos que eran las autoridades del Templo y constituían la mayor parte del sacerdocio (el Templo y el sacerdocio eran el sistema religioso original de los hebreos, establecido por Dios),

afirmaban que rechazaban las tradiciones que enseñaban los fariseos y que las masas habían adoptado, y que en su lugar obedecían ÚNICAMENTE la Torá (las Leyes de Mosheh). A primera vista, eso parece ser lo correcto. Por supuesto, el hecho de que durante más de cien años el cargo de Sumo Sacerdote se hubiera convertido en un puesto ceremonial abierto al mejor postor, en lugar de ser una posición hereditaria según una línea específica descendiente de Aarón, y el descarado robo del tesoro del Templo (además de muchas otras conductas ofensivas), demostraban la hipocresía de su afirmación de fidelidad piadosa a las Leyes de Mosheh. Esta era, pues, la condición de la religión de los hebreos durante toda la época del Nuevo Testamento, y este es el contexto a través del cual debemos interpretar cada palabra pronunciada por Cristo, Pablo, Pedro, Santiago, Lucas y todos los demás.

Con ese entendimiento, no nos sorprende entonces el gran alboroto que estalla en el Sanedrín y cómo toda la audiencia termina convirtiéndose en una disputa doctrinal. ¿Pueden imaginarse al desconcertado tribuno romano Lisias de pie, observando el escándalo? Había venido para obtener claridad de las autoridades religiosas judías más importantes y sabias acerca de lo que había provocado el motín contra Pablo, y ahora el consejo que debía resolver el asunto se había disuelto en gritos y caos (¡y sin duda en su lengua hebrea nativa!). Lisias ni siquiera logra comprender la naturaleza de la disputa que está presenciando. ¿Qué otra opción tenían los fariseos del Sanedrín en ese momento sino ponerse del lado de Pablo, un fariseo como ellos, respecto a la doctrina de la resurrección (que para Pablo era el centro de la cuestión de creer en Yeshua como el Mesías y el Hijo de Dios)? En 1 Corintios, Pablo dice lo siguiente acerca de la resurrección:

1 Corintios 15:16-17 CJB
[16] Porque si los muertos no resucitan, entonces el Mesías tampoco ha resucitado; [17] y si el Mesías no ha resucitado, la confianza que ustedes tienen es inútil y todavía están en sus pecados.

Los fariseos declaran: «No encontramos nada malo en este hombre; y si un espíritu o un ángel le habló, ¿qué importa?». Ah, y por cierto, los saduceos tampoco creían en los espíritus ni en que los ángeles tuvieran

interacción alguna con los seres humanos. ¿Van comprendiendo el panorama? Esta guerra teológica reemplazó cualquier investigación racional que Lisias esperaba realizar para averiguar qué podría haber hecho Pablo para que una multitud de judíos quisiera matarlo. De hecho, el Sanedrín perdió tanto el control por el tema de la resurrección que Lisias tuvo que sacar a Pablo de allí antes de que le hicieran daño. De alguna manera, creo que mientras escoltaban a Pablo para alejarlo, este tenía una pequeña sonrisa irónica en los labios. Lisias tenía un problema imposible de resolver; y cuando eso sucede, solo hay una solución: pasárselo a tu jefe.

El versículo 11 cuenta que Pablo, todavía bajo arresto, fue llevado de regreso al cuartel de la Fortaleza Antonia por su propia seguridad. Entonces, de repente, el Señor se le aparece a Pablo en su celda y le dice que tenga ánimo, porque las cosas se pondrán mucho más interesantes de ahí en adelante. Así como Pablo había dado testimonio del Evangelio de Cristo en Jerusalén, Dios lo llevaría a Roma para hacer lo mismo. Lo que Pablo no había comprendido antes era que su viaje a Roma sería como prisionero. Cuando el Señor quiere que algo suceda, sucede. Y por mucho que el Señor amara a Pablo, la incomodidad de Pablo era una preocupación secundaria cuando se trataba de que Dios cumpliera Sus propósitos. Esto contradice la doctrina de la prosperidad de la Iglesia occidental moderna, según la cual el propósito de Dios es hacer que Sus Creyentes estén cómodos, felices, seguros y sean ricos. Les exhorto a que, si han estado escuchando a algún predicador que enseña esta doctrina, se aparten de ella, porque es una mentira egoísta que enriquece a los predicadores y no hará más que hacerlos dudar de su fe cuando la pérdida de la salud, el desamor o la calamidad finalmente lleguen a sus vidas, como nos sucede a todos en algún momento.

Al día siguiente, los judíos frustrados que querían ver muerto a Pablo no estaban dispuestos a darse por vencidos. Estos Zelotes hicieron un nuevo plan para conseguir que los romanos sacaran a Pablo de la fortaleza y, aunque iría escoltado por una guardia romana, planeaban capturarlo y matarlo. Creo que debemos detenernos un momento para comprender cuán seriamente comprometidos estaban estos Zelotes. Sabían con certeza que muchos de ellos morirían, resultarían heridos o serían arrestados y probablemente ejecutados por lo que planeaban hacer. Sin

duda, el gobierno romano también impondría castigos colectivos a otros judíos por semejante desafío a la autoridad romana. Pero estaban tan apasionados por defender su identidad judía y consideraban que los judíos (como Pablo) se relacionaran con gentiles era equivalente a traición, que para ellos valía la pena entregar sus propias vidas a cambio de la muerte de él.

A partir del versículo 12 recibimos algunos detalles generales de esta conspiración, pues nos enteramos de que 40 hombres dirigirían el ataque para apoderarse de Pablo. Hicieron un juramento de que no volverían a comer ni beber hasta haber alcanzado su objetivo. Fueron al Sumo Sacerdote y a algunos otros miembros del Sanedrín y les contaron su plan, porque su cooperación era clave para que funcionara. Señalaré lo obvio: naturalmente no habrían acudido a ninguno de los fariseos del Sanedrín, porque ellos estaban del lado de Pablo. Por eso fueron al Sumo Sacerdote; era saduceo y podía controlar quién recibía esta información. El plan consistía en que el Sumo Sacerdote enviara un mensaje a Lisias para decirle que querían que Pablo regresara y así continuar con la investigación. Pero, durante el corto trayecto entre la Fortaleza Antonia y la Sala de las Piedras Labradas, donde se reunía el Sanedrín, los conspiradores atacarían a la guarnición romana, arrebatarían a Pablo de sus manos y lo matarían rápidamente. Aunque no se afirma explícitamente, está claro que el Sumo Sacerdote y los saduceos que estaban de su lado aceptaron participar en este plan (otra triste señal de cuán corruptas y equivocadas se habían vuelto las autoridades religiosas judías).

En el versículo 16 conocemos a un nuevo personaje: el sobrino de Pablo, hijo de su hermana, quien aparentemente vivía en Jerusalén. Aquí aprendemos un poco acerca de la vida familiar de Pablo y cómo, como suele suceder con un hombre soltero, llega a tener una relación cercana con un sobrino, casi como si fuera un hijo sustituto. De alguna manera que no se explica, este sobrino se enteró de la conspiración contra Pablo y tuvo el valor de revelársela al tribuno romano para salvar a su tío. La aparición repentina de este sobrino sin nombre es otra razón por la que muchos comentaristas modernos de las Escrituras consideran que el relato de Hechos 23 es tan sospechoso que debería eliminarse, en parte o por completo, del libro de Hechos. Una de las cosas que les causa

incomodidad acerca de este sobrino es cómo pudo enterarse, siendo seguramente un fariseo bastante joven, de un secreto que debió estar cuidadosamente protegido y que solo conocían los Zelotes, el Sumo Sacerdote y unos pocos miembros del Sanedrín saduceo elegidos cuidadosamente. No sé por qué Lucas no nos cuenta más detalles del incidente. Tal vez nunca pudo averiguar cómo obtuvo la información el sobrino; pero esa no es razón para dudar del relato. Puedo entender fácilmente que, si alguien se había infiltrado en el grupo de los saduceos o incluso entre los Zelotes y proporcionaba información a los fariseos, el cronista del acontecimiento (como Lucas) no habría recibido información sobre quién era la fuente ni cómo sucedió; solo habría sabido lo que ocurrió. Así que hay muchas buenas razones por las que Lucas no nos dio detalles acerca de la información sobre el complot que había obtenido el sobrino de Pablo.

Está bastante claro que este sobrino era una persona joven, probablemente un adolescente o alguien de poco más de veinte años. No debió parecer muy amenazante, o no le habrían permitido entrar a la fortaleza para hablar con Pablo y luego con Lisias. El sobrino contó la historia de la conspiración primero a su tío y después al tribuno romano. Es evidente que Lisias le creyó al joven. Especialmente después de presenciar la animosidad casi irracional y los temperamentos violentos que estallaron incluso entre los miembros del Sanedrín, no era difícil imaginar que los Zelotes intentarían algo casi suicida para matar a Pablo. Lisias le dijo al joven que no le contara a nadie que había informado a los romanos. Era hora de sacar a Pablo de allí.

El comandante convoca rápidamente a dos centuriones y les ordena reunir soldados de infantería, jinetes y lanceros para una marcha rápida hacia Cesarea Marítima, la capital provincial; partirían a la tercera hora de la noche. Aunque nuestra CJB dice que eran las 9 p. m., probablemente era algo más tarde. Recuerden que todo esto ocurrió durante la festividad de Shavuot, que tiene lugar a comienzos del verano, por lo que la luz del día habría durado hasta alrededor de las 8 p. m. Los romanos dividían el día en dos partes: el día y la noche, y luego asignaban 12 horas al día y 12 horas a la noche. Por eso, una hora romana era simplemente una división del tiempo y no una medida estándar. Así que, si tenemos, por ejemplo, un día de verano con 15 horas de luz y solo 9 horas de oscuridad,

las 15 horas de luz se dividen en 12 partes, del mismo modo que las 9 horas de oscuridad se dividen en 12 partes. Cada una de esas 12 partes se llama hora, aunque una «hora» romana durante la noche era más corta que una hora romana durante el día. La duración de una hora también variaba de un día a otro, conforme cada estación producía más o menos horas de luz. Por eso, en el Nuevo Testamento, intentar determinar una hora según nuestros relojes modernos puede ser un poco complicado, especialmente porque una «hora» romana no era lo mismo que una hora hebrea, ya que los hebreos dividían el día de manera diferente a los romanos. Aquí parece claro que, puesto que esta actividad involucraba a los romanos, se utilizaba la hora romana. Así que la tercera hora de la noche habría sido entre las 11 y las 12 de la medianoche en esa época del año, según nuestros estándares modernos. Claramente, Lisias no quería que los Zelotes supieran que algo estaba sucediendo hasta que los romanos estuvieran muy lejos. Y, por la gran cantidad de soldados que se nos indica, el tamaño del contingente era suficiente para enfrentar a los 40 Zelotes, incluso si estos reclutaban a más compañeros.

La próxima vez continuaremos con el peligroso viaje de Pablo a Roma.